

filosofía y la ciencia á la religión? No es posible. Entonces hay que decir que lo que es hoy será siempre: la verdad para unos pocos privilegiados, el error para todos los demás hombres. ¿Es este el porvenir que la filosofía concibe para el género humano?

No, la humanidad, para la cual es la verdad necesaria, no está destinada á alimentarse eternamente de errores. La religión es una educación, y su obra, por tanto, no acaba nunca. Presidirá á la educación de la edad madura como presidió á la educación de la infancia. Sólo que se modifica y progresa como el espíritu humano, una de cuyas manifestaciones es. En la infancia de los pueblos, lo sobrenatural reina por todas partes: hé aquí por qué domina también en la religión. Verdad es que los que hablan en nombre de ésta han intentado perpetuar la creencia en una revelación milagrosa, fundamento el más sólido de su autoridad. Pero estas pretensiones han sublevado á la humanidad contra la Iglesia en que están encarnadas. El protestantismo libró á las almas del yugo de Roma. En vano se dice que sustituyó á la autoridad viva de la Iglesia la autoridad de una letra muerta. Puede hacerse este cargo á los reformadores del siglo XVI, no á los protestantes liberales de Francia, Holanda, Suiza y Alemania, que no reconocen más palabra de Dios que la que resuena en la conciencia. Hé aquí una religión que los filósofos harían mal en rechazar, ya que se confunde con la filosofía, es decir, con la filosofía que reconoce un lazo entre la moral y Dios.

Pero la religión que se identifica con la moral ¿es una religión aún? De antemano respondimos á esta pregunta: los hechos son la mejor respuesta. ¿Qué importa que las religiones del pasado hayan tenido todas la pretensión de ser la revelación sobrenatural de la verdad? No puede invocarse el pasado contra el porvenir, ya que aquél no es el presente. También nosotros creemos que los milagros hicieron su tiempo, y que la humanidad ha desertado para siempre de la creencia en lo sobrenatural. Si no fuesen posibles otras religiones que las que proceden de lo sobrenatural, habría que decir con M. Vacherot que las religiones se van. Pero ¿no se puede creer en Dios y en el alma sin creer por eso en la encarnación de Buddha ó de Cristo? Y creer en Dios y en el alma, ¿no es la esencia de la religión? Dejemos, pues, al pasado descan-

sar en su tumba, contemplemos el presente é inspirémonos en el porvenir. Veremos á la religión transformarse y cobrar fuerzas nuevas en vez de perecer. Lo que muere es el concepto falso de la religión, la creencia en lo sobrenatural en que se ha mecido la infancia de la humanidad y aún se mece á los niños en pleno siglo XIX. Esta creencia tan no es la religión, como que constituye más bien un obstáculo para la religión verdadera: prueba de ello lo que pasa á nuestros ojos. Ciertamente que, como dice M. Vacherot, la religión oficial lucha en vano hace dos siglos contra la inevitable decadencia que la conduce á una muerte segura. Pero ¿cuál es la religión que se muere y que está ya muerta? El cristianismo tradicional, la religión que tiene por cimientos, según dice Pascal, los milagros y las profecías, la religión que consiste en misterios y dogmas en que el espíritu ni quiere ni puede ya creer. De aquí una deserción creciente que no podrá detener reacción alguna. Sólo cuando estas plantas parásitas sean arrancadas del alma humana se desarrollará la religión con todo su vigor, porque sólo entonces se identificará con la verdad. ¿Hay que preguntar si está en armonía con los sentimientos y las ideas que reinan en nuestras conciencias la concepción que nos presenta á la religión como un error de la infancia, y que, en realidad, perpetúa este error en la humanidad casi entera? ¿Quién hay que crea al género humano destinado á vivir eternamente de errores y supersticiones, y á la verdad patrimonio sólo de un exiguo número de privilegiados? Pues á esto llevan, sin embargo, las preocupaciones de ciertos filósofos contra la religión.

II.

Tal es lo que M. Renan va á decirnos. Afirma, ante todo, que para la inmensa mayoría de los hombres, la religión establecida representa toda la parte que corresponde en la vida al culto del ideal. La religión es para el mayor número lo que la filosofía para algunos elegidos: "El alimento que la ciencia, el arte, el elevado ejercicio de todas las facultades suministran al hombre culto, la religión está encargada de darlo por sí sola al hombre inculto." "¿Qué pasaría si faltase este alimento intelectual? Suprimir ó debilitar en las clases privadas de otros medios de educación este grande y

único recuerdo de nobleza, es rebajar la naturaleza humana, despojarla del signo que la distingue esencialmente del animal." Hé aquí la respuesta á M. Vacherot; es perentoria. Pero ¿qué es la religión que M. Renan quiere dejar al pueblo, mejor dicho, á casi todos los hombres? M. Renan no es católico, ni cristiano siquiera; no cree, pues, que el cristianismo sea la verdad absoluta: confiesa que hay en éste mucha *escoria* mezclada con el *oro puro*, es decir, hablando claro, que son errores y supersticiones lo que constituye la religión de las masas; el alimento que M. Renan pide para la humanidad sería, pues, una especie de veneno, según hemos dicho. El ilustre escritor emplea todo el arte de su estilo en disfrazar este hecho: "Como la conciencia popular, dice, en su grande y elevada espontaneidad, se asimila sólo el espíritu del símbolo, santifica al último, por imperfecto que sea; el pueblo no es teólogo, y no toma de los dogmas sino aquello que es verdadero, el soplo y la inspiración elevada." La religión, por lo tanto, según monsieur Renan, es siempre verdadera en la creencia del pueblo.

Hé aquí lo que puede llamarse la poesía de la religión; por desgracia, la ficción es lo contrario absolutamente de la realidad. Si hay un hecho evidente, es que el *oro puro* del cristianismo se ha trocado en *escoria*, en la creencia de las masas: toman éstas precisamente lo que hay en aquél de falso y peligroso, la superstición, las prácticas exteriores, y se quedan sin conocer el fondo, el espíritu interno. Hay que recordar que M. Renan es artista cuando se leen las palabras que vamos á transcribir: "¿Qué encanto tiene ver en las chozas y casas vulgares, donde todo lo aplasta la preocupación de lo útil, figuras ideales, imágenes que no representan nada real!," Para M. Renan sí; pero para el creyente, estas imágenes son harto reales: la Virgen María es la diosa que adora, el santo es el único Dios que conoce. ¿Lo que hace la poesía? "¿Qué dulzura, prosigue nuestro filósofo, para el hombre abrumado por un trabajo de seis días, venir el séptimo á descansar arrodillado contemplando columnas elevadas, bóvedas, arcos, altares, oyendo y saboreando cánticos, escuchando una palabra moral y consoladora!," ¿Digan todos los que han puesto el pié en una iglesia católica si es esta la verdad!

M. Renan confiesa que la educación elemental

que da la religión produce á veces el empequeñamiento de los espíritus que quedan aprisionados en ella. Consuélese diciendo que la mayoría de los que la religión empequeñe eran ya pequeños antes de entregarse á ésta: "Estrechos y limitados con la religión, quizás sin ella habrían sido malvados." Esto es el reverso de la medalla. No preguntaremos á M. Renan cómo puede ser que la religión empequeñe las almas, si, como él dice, *es siempre verdadera en la creencia del pueblo*. ¡Poesía no más todo esto! La realidad es que la religión sirve de freno á las malas pasiones del hombre inculto: enfrena al animal que tenemos dentro de nosotros. Está bien. Pero ¿y si la turba dejase de creer en las supersticiones que la encadenan! Fuerza será perpetuarlas: habrá, pues, que agradecer á la Iglesia el que mantenga la ignorancia en las masas; hay que guardarse bien de ilustrarlas. M. Renan no dice esto; se parapeta en su orgullo de filósofo: "La elevación intelectual, dice, será siempre el patrimonio de un corto número; con tal que estos pocos puedan desenvolverse libremente, no se ocuparán mucho de la manera como los demás hacen un dios á su altura."

¿Qué magnífico desden y qué injuriosa separación entre los hombres! M. Renan niega el orgullo, niega la injuria. Es cierto, dice, que la ciencia no es para todos; supone una larga educación intelectual y hábitos de espíritu de que son capaces muy pocos hombres. Pero ¿quién tiene la culpa? La desigualdad está en la naturaleza; es perpetua por tanto. Lo cual no impide que todo hombre tenga derecho al ideal; pero sería mentir á todas luces el pretender que todos por igual pueden tomar parte en el culto á que se elevan sólo los perfectos. Hay, pues, perfectos, la aristocracia de la inteligencia, éstos que beben en la fuente pura de la verdad. En cuanto á la turba, quédale la religión completamente amplia, según el académico francés (1). No, no hay compensación, y la desigualdad hiere de véras. Es, en el fondo, la distinción degradante que imaginó Voltaire entre las gentes honradas y la canalla. De modo que un sentimiento que eleva al hombre sobre los intereses pasajeros de la vida, que lo liga á todo lo que es bello y bueno, sería patrimonio de la canalla, es decir, de esas bestias salvajes que es preciso enfrenar,

(1) RENAN, *Études d'histoire religieuse*, p. xv-xviii.

por miedo de que no se entreguen á su maldad natural. ¡Así Jesucristo, el alma más amorosa que ha aparecido en este mundo, sería el revelador de una creencia destinada á la canalla! ¡Diríase, ciertamente, que ciertos filósofos se empeñan en no dejar á la teología el monopolio del absurdo!

La humanidad dejará hablar á los filósofos y hará su camino. Llegado el caso, apelará de esta filosofía desdeñosa ante una filosofía que respete á la humanidad, y no le costará gran trabajo combatir á los filósofos con sus propias declaraciones. Nada tan superficial como la doctrina, si merece tal nombre, que hace de la religion el lote de las masas ignorantes. Aún se sigue confundiendo en ella la religion con el cristianismo tradicional. Si, la religion que consiste en prácticas supersticiosas no puede ser la religion de los que piensan. ¿No sería quizás la primera la religion de que parece hablar Mr. Renan? "Dejemos, dice, á las religiones proclamarse inatacables, ya que sin esto no alcanzarían de sus adeptos el respeto que necesitan.", Esta religion *inatacable* es la revelacion milagrosa. Monsieur Renan consiente, pues, á nombre de la filosofía, en que se predique al pueblo que Dios encarnó en el seno de la Virgen María; tolera que se le diga que este Dios, hecho hombre, fundó una Iglesia á que todos los hombres deben una obediencia absoluta, bajo pena de muerte eterna. Y ¿qué le importa á él con tal de que no se obligue á la ciencia á pasar por la censura de un poder que nada tiene de científico? Ni aún quiere que los filósofos traten de proscribir la leyenda, que es para él lo que los Alemanes llaman mito, es decir, el elemento milagroso del cristianismo tradicional; á su juicio, la leyenda es la forma que reviste necesariamente la fe de la humanidad. Hé aquí perfectamente declarados eternos el error y la superstición. ¡Qué filosofía! Y ¡qué moral! debemos añadir. La religion ha de decirse revelada; es el único medio de hacerse respetar. ¿No es esta la moral de los jesuitas, que el fin justifica los medios? Y la ciencia, ¿cuál será su papel? "Sería muy temeraria, dice el académico francés, si aspirase á modificar la opinión; sus procedimientos no pueden influir sino sobre un pequeño número repugnante y sin encanto; ¿con qué medios lucharía contra tantos poderes como dominan el mundo, sin duda, con mejor derecho?., Late el desden en esta humildad irónica. Pero el desden llega á la humanidad ente-

ra; se la abandona para siempre al imperio del error.

Preguntaremos á los filósofos que tan mala opinión tienen de la especie humana por qué y para quién escriben. No será para convertir á los filósofos; no necesitan éstos conversión. ¿Para convertir á las masas? Están destinadas para siempre al culto de la superstición. ¿Para elevar, cuando ménos, á la verdad á tal ó cual de los que yacen en el error? "No me consolaría, dice Mr. Renan, si supiera que mis escritos habían de escandalizar una sola de estas almas sencillas que adoran tan vivamente ese espíritu.", Felizmente, añade, las protege su ignorancia. ¡Santa ignorancia! ¿Y es la ignorancia para lo que han sido creados los hombres? Si así es, ¿de qué sirven filosofía, academia y académicos? Cuestión de *curiosidad*. La palabra es de Renan. Le gustan las investigaciones de la ciencia libre; trata de descubrir la verdad, obra que considera como un deber, y expondrá con sinceridad y firmeza, dice, los resultados que le parezcan probables, bien entendido, fuera de todo pensamiento de aplicación. ¿No es este el ideal del egoísmo? Mr. Renan se entretiene y hallará lectores que distraerán sus ocios gratuitamente en la lectura de páginas tan bien escritas. ¡Tal es la misión de la filosofía frente á la religion! (1).

Hay que añadir que esta es la doctrina que profesaba M. Renan en sus *Estudios de historia religiosa*, publicados en 1858. Al año siguiente reunió en un volumen sus *Ensayos de moral y de crítica*, y en el prólogo habla ya muy de otra manera. No habla, en efecto, de la religion como en 1858. Entónces se refería el escritor francés á la religion de las leyendas, de los mitos, de los milagros; ahora, en 1859, ya se da cuenta de que hay otra religion, la que Kant establece sobre la base firmísima de la conciencia: "Objeto de eterna disputa para la dialéctica, de intuición evidente para el sentimiento moral, la religion es el patrimonio de cuantos son dignos de ella y hallan la demostración de la misma en la voz de su corazón escuchada con docilidad.", La conversión aún no es completa; M. Renan cree siempre que la fe en las verdades supremas, desprendida de los símbolos de que la han revestido las religiones, no sa-

(1) RENAN, *Études d'histoire religieuse*, Prefacio, págs. xvii, xxiii, xxvii.

tisfará jamás á la mayoría de los hombres; sigue teniendo mala opinión de la humanidad, que, á su juicio, tiene estrecho el espíritu. Con todo, la ciencia, la indagación de la verdad no es ya un asunto de mera curiosidad, de dilettantismo literario, pues ya declara M. Renan que su fin, en todos sus escritos, ha sido depurar el sentimiento religioso, que no puede abrigar esperanza alguna de mantener su imperio sino toma un nuevo grado de refinamiento: "La religion de nuestros días, dice, no puede ya separarse de la delicadeza del alma y la cultura del espíritu.", Aplaudimos á dos manos; pero ¿cómo refinar y depurar la religion? Hay que trasportarla á la region de lo *inatacable*, más allá de los dogmas particulares y las creencias en lo sobrenatural. En 1858, M. Renan decía que las religiones se proclamaban *inatacables*, diciéndose por fundadas sobre una revelación milagrosa, y era de parecer de respetar esta pretensión. En 1859 ya le parece que este cimiento *inatacable* amenaza venir á tierra; busca otro, y ¿dónde lo halla? En el abandono de lo sobrenatural. Aquí ya vuelve la espalda por completo á su primera opinión. Quedan abandonados los mitos, las leyendas, los milagros, como una forma pasajera de la religion; hay que buscar y asimilarse el fondo imperecedero, fundando la religion sobre las necesidades invencibles de la naturaleza humana (1). Hémos de acuerdo ya ó muy cerca á lo ménos. Queda, pues, convenido que la indagación de lo verdadero no es una simple curiosidad del espíritu; ántes debe aspirar á transformar las creencias. Una fe sólo falta aún á M. Renan, y es la de que la religion trasformada, depurada, no se dirige á un pequeño círculo de perfectos; todos son llamados á ella y todos serán elegidos.

§ II.—Expectación universal de una revolución religiosa.

Basta ya de opiniones puramente individuales y que, por lo mismo que afectan cierto aire de aristocracia, jamás tendrán influencia en la humanidad. Un escritor de inteligencia y de corazón dice "que el hombre es un animal religioso.", (2). ¿Habla Vinet en nombre de una preocupación cristiana? No, todos los que creen que hay en el hombre algo

(1) RENAN, *Essais de morale et de critique*, Préface, p. II-IV.
(2) VINET, *Essais de philosophie religieuse*, p. 191.

más que materia creen por lo mismo que el hombre es un sér dotado de religiosidad, como lo está de razón. En efecto, si hay un alma, hay también un Dios y una relación entre Él y aquella, porque Dios es el principio y fuente de las almas, de Él vienen y en Él y por Él viven. Pues bien, este lazo de las almas con Dios es la religion. Montesquieu dice que sólo por haber hombres hay un derecho que rige sus acciones, de lo cual infiere que el derecho es anterior á la ley y aún superior. Del mismo modo, sólo porque hay hombres hay una religion, un lazo que los une á Dios. Este lazo es anterior á todo culto positivo, y también le es superior, ya que los cultos no son sino expresiones incompletas necesariamente del sentimiento religioso. La facultad religiosa es, como todas las demás del hombre, indefinidamente perfectible. La religion comienza siendo la adoración de los objetos físicos, y acaba adorando al Sér de toda perfección.

No ha de decirse, pues, que el hombre debe tener religion, sino que es religioso, como es racional. ¿Se objetará que hay hombres sin religion, ó que la niegan llamándola una debilidad de nuestra infancia? También los hay que niegan que tengamos alma, y que querrían reducirnos á la condición de plantas ó brutos más ó ménos perfeccionados. De que existan hombres que emplean su razón en desbaratar, ¿cabe inferir que es la razón una quimera? Si los hay sin religion, nada prueba este hecho sino una sola cosa, que les falta la facultad religiosa ó que la tienen atrofiada. La irreligion, como la sinrazón, es una enfermedad de la naturaleza humana; y ¿por ventura prueba la enfermedad que la salud sea cosa imaginaria? Suprimid á Dios, dice Lamartine, y se hace noche en el hombre; más aún: no es posible suprimirlo sino cuando ya es de noche en el alma humana. Pero esta noche no es completa jamás; quien niega á Dios ya lo buscaba. Todos lo buscamos, como á la luz la planta, y al buscarlo, lo poseemos ya, como dice Pascal; el hombre no buscaría á Dios si ya no lo hubiera encontrado (1).

Puesto que el fin supremo del hombre es el desarrollo de todas sus facultades, y entre éstas se halla la aptitud religiosa, fuerza es decir que no hay verdadero desarrollo, humanidad completa sin

(1) GOY, *la Religion et la théologie (Le Disciple de Jésus-Christ)*, 1862, p. 757-759.